

# EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION, CALLE DE VICTORIO, 53.—PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES.—NUMERO SUELTO CINCO CENTIMOS

## ALMACEN de MUEBLES

Plaza de Diaz Cassou (antes Carnicería) núm. 13.

Venta á plazos y al contado de toda clase de muebles y máquinas de coser, último sistema, premiadas en varias Exposiciones.

Cuadros de sala, gabinete y comedor, á precios incomprendibles.

Antes de comprar mueble alguno, visitad esta casa, primera en Murcia, por su economía.

Plaza de Diaz Cassou, n.º 13.

## EL CORSÉ PARISIEN

Esta acreditada casa cuenta con un variado y completo surtido en toda clase de corsés, desde el más económicos hasta el más lujoso.

Los modelos de esta casa todos proceden de Paris.

Se toman medidas á domicilio.

San Cristóbal 6, frente á la Administración de Correos.

## Gabinete Electroterápico

CONSULTA DE LAS ENFERMEDADES DE LOS OJOS

### DR. CUADRADO

FRENERIA 16.

Horas de consulta: De 10 á 12 y de 4 á 6 de la tarde.

RAYOS X.—Frenería, 16.—RAYOS X.

## ¿Tenéis callos?

La callicida «Una noche» de Keene.

Obra la más importante de la ciencia médica moderna.

El único medio que aniquila las raices!

Hace desaparecer las verrugas en tres días!

ESTE MARAVILLOSO REMEDIO AMERICANO ES INFALIBLE.

Una peseta la CAJITA.—PROBADO ESTA NOCHE, mañana vuestros callos habrán desaparecido!

DEPOSITO EN MURCIA Farmacia Catalana.

## DEPILATORIO VENUS

Preparado de la casa J. L. Prunés, Gobernador 6, Barcelona

Reconocido infalible para la destrucción rápida y segura del vello.

PRECIO 5 PESETAS

## AGUA REAL

Restituye los cabellos blancos á su color primitivo; Se aplica cómodamente como Ron-quina, ú otra agua de color.—PRE-  
CIO 1 pesetas.

DEPOSITO EN MURCIA

A. Ruiz Sequer.—Bazar Fin del Siglo.—Bazar Murciano.—  
Droguería de la Puxmarina.—Farmacia Lopez, plaza Poeta Zo-  
rilla.—Antonio Clemarés, Platería.—Ferrér Hermanos y Jou-  
quin Carmona.

## BOCETOS SOCIALES EL ENAMORADO

Siempre esclavo, ansiado, lle-  
gue el deseado momento en que  
poder recibir noticias tuyas,  
bien por medio de esos signos,  
que agrupándose, caprichosa y  
convenientemente, constituyen  
las palabras y estas reuniéndose  
á su vez, expresan en el pa-  
pel, las ideas, los pensamientos;  
trasladan fielmente los reflejos  
de nuestra alma, lo que nuestro  
corazón siente y nos dicta; ó  
bien sosteniendo, un tan grato,  
como deseado y por consecuencia  
poco frecuente, idilio de amor;  
una conversación en la que entab-  
lando el cañoneo de las baterías  
del amor, comienza la artillería  
á lanzar proyectiles, bajo la for-  
ma de apasionadas miradas y  
dulces palabras amorosas.

Amanece el ansiado día en  
que cuenta hablarla, bien en el  
Teatro, bien en el paseo ó en  
cualquier otro lugar y toda es  
actividad para despachar los  
asuntos que antes de verla ha-  
de dejar listos; pádecelo que la  
marcha del reloj es más lenta,  
y si en su poder estuviese daría  
cualquier cosa y cosa querida,  
por reducir las horas á minutos,  
más esto es imposible, el reloj  
camina con su marcha ordinaria,  
él, es el verdugo impasible que  
nos atormenta, bien cuando am-  
bicionamos que las horas fueran  
eternas ó que pasen rápidamente,  
pero él camina con la regularidad  
que su máquina le imprime, si,  
no se adelanta á nuestros deseos,  
ni se retrasa, á nuestras esperanzas.

Sólo piensa en la que ha de  
decirle, en eso sin fin de que-  
jillas de que tan prodigios son  
los enamorados.

Por último, llega la hora se-  
ñada, en que poder gozar es-  
cuchando sus dulces palabras,  
sus tiernas frases, que impresio-  
nan sus oídos en agradables me-  
lo-días, como esas encantado-  
ras armonías celestiales, de que  
tanto nos hablan; sus palabras  
nos trastornan, haciendo que  
olvidemos nuestros disgustos y  
son causas en ocasiones de  
nuestra conversión, ellas á  
veces sirviéndonos de consejos,  
que atendemos de la mujer ama-  
da más quizás que de otros se-  
res, son objeto de nuestra mo-

dificación; pues bien, llega, re-  
petimos, la hora en que poder  
experimentar placer tal y com-  
ienza á hablar; ¿quanto daría  
él? quizás parte de su vida por  
poder eternizar aquel rato deli-  
cioso, y que durase años...

¡Oh, placer ingrato! los mi-  
nutos parecen animados de ex-  
tensas alas, alas enormes que  
les imprimen veloz carrera, ha-  
ciendo que las horas pasen co-  
mo instantes, y cuando despu-  
és de separarse de ella vuelve á  
su casa, camina, en vez de ale-  
gre, ilusionado y contento por  
haber estado junto á ella; triste,  
taciturno, pensativo, embiza-  
bado, pues el tiempo, las dos ó  
tres horas que á su lado ha es-  
tado, han sido pocas para decir  
la todo cuanto tenía proyectado  
y comienza nuevamente á mor-  
tificar su imaginación, pensando  
en las cosas que ha de expresarle  
en su próximo coloquio.

Lepanto.

## LA CABRA DE ORO

No es muy exacto este título  
ni el suceso que vamos á refe-  
rir es igual al de la famosa ga-  
llina de los huevos de oro, pero  
tiene con él cierta analogía y  
las mismas consecuencias para  
ambos animalitos.

Lo ocurrido ha dado lugar á  
un proceso, que como casi to-  
dos los de Francia se ha senten-  
ciado en un abrir y cerrar de  
ojos, á favor de la cabra ó me-  
jor dicho de su dueño.

Pero no adelantemos los  
acontecimientos y relatemos or-  
denadamente lo ocurrido.

Es el caso que hace unos  
días llegó á París una casera,  
de los alrededores de la gran  
urbe con objeto de cobrar algu-  
nas cuente-cillas atrasadas.

Las hizo efectivas y termi-  
nados sus asuntos tuvo el gus-  
to de hacer una visita á unos  
parientes que tiene cerca de las  
fortificaciones.

La buena mujer echó andar  
y para entretenerse sin duda  
iba contando por el camino los  
billetes que había cobrado.

Una cabra melancólica, con-  
ducida por un joven más me-  
lancólico todavía, husmeaba el  
pelado suelo, buscando una  
brizna de hierba, que no apare-  
cia por ninguna parte.

A la mujer se le cayó un bil-  
lete de cinco francos y aquel pape-

lito arrugado y descolorido le  
llamó la atención á la cabra,  
que falta de hierba se lo aguiló  
tranquilamente, sin saber que  
con aquello podría haber com-  
prado fresco y perfumado forraje  
para una buena temporada.

—¡Eh! ¡amigo!—dijo la ca-  
sера que había visto la ope-  
ración.—¡Mi billete!

—No he visto nada—excla-  
mó el melancólico y distraído  
joven.

—Es posible—replicó la mu-  
jer—pero se lo ha tragado vues-  
tra cabra.

Y no hubo más remedio que  
abrir la cabra, después de ha-  
berla matado, naturalmente, y  
allí, en el estómago estaba el  
billete, hecho pellazos, pero  
completo.

La casera se marchó satisfa-  
cha, pero el joven la deluvió po-  
líticamente.

—Perdón señora. (El «per-  
dón» es obligado entre los fran-  
ceses). Pero, ¿y mi cabra?

—¿Vuestra cabra?

—Sin duda. Es preciso que  
se me indemnice por la muer-  
te del animal.

—Yo no debo nada—dijo la  
mujer, y se marchó tranquila-  
mente.

—Eso ya se verá—refunfu-  
ñó el joven.

Y en efecto, presentó la ope-  
tuna denuncia ante los tribuna-  
les.

Los magistrados sudaron la  
gota gorda ante un caso tan ex-  
cepcional; consultaron antec-  
edentes, leyes, decretos y lega-  
jos, pero no encontraron caso  
semejante en los anales de la  
curia.

Y sentenciaron á la buena de  
Dios, con arreglo á su conciencia.

Los magistrados convinieron  
en que la cabra había obrado in-  
conscientemente, pues ignora-  
ba el valor del billete de banco,  
que hubiese cambiado de buena  
gana por una ramita de hierba  
y en que la casera procedió im-  
prudentemente al sacar sus bi-  
lletes en despeblado, pues pudo  
haber sido víctima de un golpe  
atrevido, y en su consecuen-  
cia, la condenaron á indemnizar  
el valor del animal, autorizán-  
dola para poder aprovechar la  
carne.

Y la sentencia se pronunció  
á los ocho días.

Mortadela de Bolonia y Sal-  
chichón de Lión.  
Pedreño.—Platería.

